



**Octavio Rodríguez Araujo, *Izquierda e izquierdismo, Siglo XXI* Editores, México, 2002, 223 pp.**

**E**l libro de Octavio, que gentilmente me invitó a comentar, *Izquierda e izquierdismo*, es oportuno y honesto. Oportuno porque en este periodo de crisis de la izquierda, el hecho de documentar su desarrollo histórico desde la Primera Internacional hasta el Foro de Porto Alegre, como lo hace el autor, constituye un atinado referente para desarrollar la discusión en torno a qué es la izquierda hoy y hacia dónde va. Honesto porque parte de sus experiencias personales para reflexionar sobre la trayectoria histórica de la izquierda, no sin un cierto dejo de desencanto y parplejidad que asoma desde las páginas de la introducción cuando afirma su honda preocupación "...al percibir no sólo que mucho ha cambiado la izquierda en la que me formé (que) no tiene nada que ver con los movimientos que ahora se dicen de izquierda". No se trata, pues, de una reflexión distante y fría, sino del juicio comprometido de un intelectual de izquierda con su realidad.

Convengo con el autor en la necesidad de caracterizar a los proyectos políticos en el marco de la tradicional geometría de izquierda o de derecha, también en la tesis de que el contenido de esos conceptos tienen una determinación histórica, lo que les otorga un cierto grado de relativismo. Relativismo que, sin embargo, no impide identificar a la izquierda con los ideales de la igualdad, la justicia, la libertad, la dignidad, la democracia, la paz, esto es, que en cualquier periodo histórico la izquierda se distingue por su carácter progresista, frente al conservadurismo de la derecha. Por eso, la tesis del fin de las ideologías y del fin de la historia, preconizada por los posmodernistas, no es más que la envoltura ideológica de una posición política que sólo expresa y reproduce la abigarrada realidad social del capitalismo actual sin entenderla.

El amplísimo periodo que abarca el análisis de la izquierda que hace Octavio, decíamos, desde la I Internacional hasta el Foro Social de Porto Alegre, desde la izquierda marxista hasta la llamada izquierda social con la que finaliza el siglo XX e inicia el siglo XXI, constituye uno de los aportes de su libro: ubicar la discusión actual sobre la izquierda en un marco no sólo histórico, sino además internacional. Más que ubicar, tendría que decir promover la discusión sobre la izquierda en esos parámetros, porque bien sabemos que, en la actualidad, la comunidad de acción ha suplantado a la comunidad de las ideas y que la praxis se coloca por delante de la teoría. El libro de Octavio es una invitación a alejarse de las posiciones acrílicas de que la izquierda, hoy, es lo que es y basta, de la autocomplacencia diría yo, que en los últimos años ha inundado los espíritus y ha encajonado la acción, en la ruta que los partidos imponen, convertidos, como están, en maquinarias electorales.

A propósito del relativismo del concepto de izquierda, un ejemplo muy cercano lo encontramos en el PRD, partido que, antes de su congreso nacional celebrado en Oaxtepec, en 1996, no se definía como un partido de izquierda, sino simplemente como un partido en lucha por la democracia; aunque —sobre todo de 1988 a 1994—, esa lucha por cumplir con un precepto establecido en el artículo 39 de la Constitución: "La soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo", tenía un significado tan radical y subversivo contra el régimen priísta como pudieron ser los objetivos de la guerrilla urbana de los setenta por derrocar el poder de la burguesía. Ciertamente los conceptos son relativos, y ciertamente también lo mejor es tener conciencia de ese relativismo.

Y ya entrando en la discusión a la que el libro invita, Octavio comparte la idea de que en el PRD el proyecto de la izquierda socialista se abandonó por el cardenismo. Hay mucho de purismo y confusión en esta tesis muy generalizada entre la izquierda que se hizo a un lado a la hora del nacimiento del PRD. Purismo ideológico porque se prefiere la fidelidad a un concepto que el compromiso con la

transformación de la realidad. El riesgo de estas posiciones es que se pueden reducir a contemplar desde la ventana cómo pasa la historia. Y confusión, porque no sé dónde estaba el carácter socialista de la izquierda que entró al PRD; más bien creo que esa izquierda, desde la más radical hasta la más reformista, resultó tan nacionalista, populista y clientelar como el mismo PRI. Por eso sostengo que la izquierda mexicana del siglo XX alcanzó para apenas ser compañera de ruta de ese cardenismo. Pero no fue poco. El respeto al voto no se habría logrado sin esa izquierda. Su carácter de izquierda fue su radicalidad democrática.

Y también quiero discutir las tesis de Octavio en torno al papel de la izquierda partidaria y de la izquierda social. Percibo en el libro una descalificación *a priori* del movimiento antiglobalifóbico por, según el autor, su falta de propuesta, su ausencia de organización, su activismo, su espontaneísmo. Me parece que hace falta un mayor esfuerzo por entender su significado.

En primer término es necesario subrayar que se trata de un movimiento de carácter internacional. Y Rodríguez Araujo, como buen seguidor de Trotski, tendría que poner atención a esta característica. No es menor el fenómeno social de las protestas aguerridas y multitudinarias ante las reuniones cumbre de los representantes de los países desarrollados, léase de los dueños del planeta. Tampoco es menor la expresión social ahí representada: jóvenes, sindicatos, feminismos, ecologismos, entre otros. Yo diría que es la expresión internacional del nuevo proletariado en el capitalismo global.

De la misma manera habría que subrayar la función de *lobbying* que esta nueva izquierda desarrolla frente a los representantes de los dueños del mundo, esto es los organismos financieros multilaterales y su incidencia en la definición de las políticas de los mismos. ¿No hemos escuchado al presidente del Banco Mundial, Wolfffenhson reiterativamente afirmar que es necesario destinar mayores recursos al gasto social? Seguramente en la mente de estos representantes apenas está la idea de suavizar alguna arista del salvaje capitalismo apoyado en sus recomendaciones previas, pero sin duda también este puede ser el inicio no sólo de una redefinición de las políticas financieras internacionales, (incluida la aplicación del impuesto Tobin y la condonación de la deuda externa) sino también del rediseño de los organismos internacionales multilaterales emergidos de la Segunda Guerra Mundial, rediseño que es urgente acordar frente a la crisis actual de esos organismos financieros y de la misma ONU, frente a la amenaza del gobierno de EUA de imponer la organización de un mundo unipolar con su hegemonía y sin contrapeso alguno.

Si hoy el capital no tiene fronteras, no veo por qué la acción del nuevo proletariado deba tenerlas, tampoco vería por qué su expresión deba repetir los cauces de los viejos partidos de izquierda, sobre todo cuando estos han terminado por refuncionalizar y colaborar con las políticas del llamado neoliberalismo. Recuérdese la experiencia de los socialdemócratas en el poder, fenómeno que, en su libro, Rodríguez Araujo registra adecuadamente.

Octavio es un especialista en partidos políticos (un muy buen especialista, diría yo), y quizá por eso se aprecia en su libro esa tendencia a reducir la expresión de la izquierda a su expresión partidaria, aunque ciertamente también analiza la nueva izquierda de los sesenta, izquierda fuera de los partidos, y la entiende como la crítica necesaria al anquilosamiento de los partidos, mientras que a la nueva izquierda, la globalifóbica, termina por encajonarla en el izquierdismo. Dice que es necesario categorizar, pero creo que en este caso se queda sólo en la adjetivación.

Al respecto, pienso que no es sano idealizar ni a partidos ni a izquierda social, y sí en cambio hacer un esfuerzo serio por entender la naturaleza y las distintas expresiones históricas de ambos. Pienso también que, en la dualidad entre izquierda partidaria e izquierda social, la mayor tragedia para los partidos es no entender a la segunda. Incluso esa tendencia, por desgracia, es immanente a las organizaciones partidarias porque hay en los partidos la aspiración a ser eternos, a pesar de que, como su nombre lo indica, representan a sólo una parte de la sociedad. El origen de esa aspiración es la confusión entre los intereses de las burocracias partidarias que se van creando y el interés general de la sociedad o de los sectores a los que dicen representar. Seguramente, Octavio estará de acuerdo conmigo en esta tesis, también por su pasado trotskista.



Me extrañó que —a pesar de la importancia que Octavio otorga al EZLN en el escenario de la izquierda mexicana y mundial— en ningún momento se refiera a su demanda de autonomía para los pueblos indios, y sí en cambio lo caracterice como organización de izquierda por sus demandas de tierra, trabajo, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz. Desde mi punto de vista, el EZLN no sólo es de izquierda, sino que, además, su proyecto de izquierda es moderno, mira hacia el futuro —que es hacia donde la izquierda tiene que mirar—, y, cuando exige la autonomía para los pueblos indios, en realidad está planteando cambiar la esencia del Estado mexicano, democratizarlo, hacerlo incluyente mediante la democracia participativa y más allá de la democracia electoral con la que cerramos el siglo XX.

Pensar al EZLN como un movimiento que sólo exige reivindicaciones económicas y sociales, y dentro de las políticas no incluir su demanda de autonomía, es no entender la radicalidad democrática y moderna de su proyecto. Y, a propósito de tragedias partidarias, ese voto perredista en el Senado que no respetó los Acuerdos de San Andrés es muy elocuente de la incapacidad de ese partido de entender y construir un proyecto de país hacia el futuro. Después de la autonomía indígena, lo he dicho en varios foros, ¿cómo decir no a la autonomía sindical? ¿autonomía indígena y autonomía sindical no son acaso las dos piezas indispensables para pasar de la democracia electoral a la democracia participativa? ¿no son acaso los proyectos de una izquierda democrática y moderna? ¿y qué partido los hace suyos de manera central? Efectivamente: ninguno.

La autonomía, como tema central de un proyecto de izquierda para la actual etapa histórica, no es otra cosa que el proyecto de expropiar una gran parcela de poder político a la clase dominante. Para lograrlo, ciertamente es necesario fortalecer la democracia representativa que acabamos de conquistar, pero también es cierto que ella no es suficiente. Es bueno, como hace Rodríguez Araujo, dejar de lado el calificativo de socialista o de marxista para calificar a un movimiento de izquierda, pero es bueno también no olvidar cuestiones básicas del análisis materialista de la sociedad y de la historia; y entre ellas, el significado de los proyectos y de los intereses a los que representan. Digo, mientras siga existiendo el capitalismo, es bueno no olvidar el análisis de clase y las contradicciones en las que esas clases y sus distintas expresiones se mueven.

¿Será útil, me pregunto, discutir como lo hace Octavio con los posmarxistas que niegan la existencia de las clases y reivindican el concepto pluriclasista de sociedad civil? ¿o, en su lugar, será más esclarecedor entender el papel progresista de muchas ONG, sin ir más lejos en el México reciente? ¿que no cuestionan las bases de la economía capitalista? ¿no estará Octavio pecando de maximalista? ¿no ha sido acaso la presencia de estas ONG fundamental en la lucha por la democracia en México? Y, después de conquistada la democracia electoral, ¿no están llenando ahora grandes vacíos en la defensa de los derechos humanos de los migrantes, de las mujeres en Ciudad Juárez? Es posible que sea la nostalgia de Octavio por un partido de izquierda quizá socialista y marxista, inexistente, lo que lo lleve a menospreciar el fenómeno de la autoorganización desde abajo de la sociedad en torno a demandas progresistas y democráticas muy concretas. Pero no creo que un análisis marxista de la realidad política tenga que partir de lo que debe ser, sino más bien explicar lo que existe. Y, sobre las ONG, yo diría que por fortuna existen y seguirán existiendo frente a la pobre realidad partidaria.

Más que discutir con las ONG por no “cuestionar las bases de la economía capitalista”, como afirma Octavio, pienso que la discusión de la izquierda, hoy, sería justamente en torno al significado de un proyecto que con los pies en la historia sea capaz de construir un futuro de igualdad, justicia, libertad, autonomía, paz y dignidad. A esa discusión, sin duda, motiva el libro de Octavio. Por eso mis fraternales felicitaciones y buenos augurios para que su libro se convierta, como estoy segura que sucederá, en un referente obligado en la discusión que mucho necesita la izquierda desarrollar. Porque, por lo demás, mientras el capitalismo exista, habrá izquierda. Como decía Marx, el viejo topo de la historia sigue cavando, y yo agrego: aunque se disfrace con muchos velos.

*Rosa Albina Garavito E.*

(Comentarios leídos en la presentación del libro en la Feria del Palacio de Minería, el 27 de febrero del 2003).